

LA ESPADA DE D. SIMPLICIO.

PERIÓDICO ESCRITO POR EL PUEBLO Y PARA EL PUEBLO.

TOMO I.

LA MEJOR RAZON LA ESPADA.

DIJERE. 29

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

LA ESPADA DE D. SIMPLICIO se publica todos los días á las siete de la mañana, excepto los domingos. A los repartidores se les dará á seis reales cien-
to, y á un octavo de real el ejemplar puesto en las ca-
sas de los suscritores.
Se suspende y no admiten las suscripciones en la im-
prensa del CENSO, calle de Ocedera número 10.

LAS VERDADERAS Y LAS FALSAS DOCTRINAS.

Constantes y terribles son los tiros que los modernos educadores del jéne-
ro humano dirijen á esa divina Reli-
gion cristiana que apareció en el mundo
para iluminar el corazon de la desdichada
raza de Adán, en el momento mismo en
que esclava de las pasiones y de los vicios
parecia haberse olvidado de la alta misio-
n para que fué criado el hombre.

Ogulosos esos impios educadores y
queriéndose sobreponer á todos los in-
dividuos que leen sus empozonadas
obras ó escuchan sus seductoras cuanto
perigosas palabras, quieren destruir
con sus máximas halagadoras que de-
jan al hombre en la libertad de obrar
el mal ó el bien sin responsabilidad
ninguna ante el Eterno, la salvadora
doctrina del Crucificado que forma la
sólida educacion del católico; educacion
atractiva para el que no quiera descer-
der hasta el grado de nivelarse con los
seres irracionales; pues á este extremo
conducen las pasiones en el seno de
la Religion: educacion de armonía com-
pleta y jeneral, de fraternidad, de amor
y de igualdad, principales, ó mejor di-
cho, únicas columnas en que descansar
debe el edificio social.

Para conseguir, pues, esos falsos filó-
sofos el triunfo de sus satánicas doctri-
nas, empuñanse, como dijimos en otro
artículo en ridiculizar los actos de sal-
vadora fé, que norriaran la marcha del
católico por un camino seguro, y á la
Iglesia de Cristo quieren sustituir con
iglesias inventadas por los hombres:
burlarse de los católicos porque creen
en altos y sorprendentes milagros que
tienden al bien jeneral, y han dado lu-
gar á que separándose algunos de la
comunion católica den crédito á abur-

dos vergonzosos que están en pugna con
esa Diosa Razon á quien rinden un
ciego y prolongado culto. Ahí está si
alguno dudare de nuestra verdad la igle-
sia de los *beguinos* y *beguinas* de que
con tanta exactitud y minuciosidad ha-
bla Daniel Wurtz. Si, ahí está, repeti-
mos esa iglesia de los *beguinos* y *beguinas*
que cuenta en varios departamentos
de Francia con un número crecido de
creyentes: departamentos entre los que
figuran el del Rodano, el del Sena, y
del Loira superior; y en los cuales esos
que no creen en los milagros que ense-
ña nuestra religion y de los cuales se
mofan, adoran con la mayor ceguedad
y fé al ex-almadrero Digonnet, á pe-
sar de haberle hecho encerrar los tres
años en una cárcel al profeta-dios,
después de haberle condenado.

Pero no es esto solo; esos que tratan
de sobreponerse á la jeneralidad de los
hombres, y que para crearse un lugar
distinguido, y recibir cierta adoracion
del vulgo á quien han logrado estraviar
se juzgan exentos de las que ellos lla-
man preocupaciones religiosas, que se
burlan de los sábios profetas á quienes
la Iglesia de Cristo reverencia, y que se
mofan de toda religion y de toda creen-
cia, pagan tributo y adoracion á otra
divinidad forjada por ellos, á ese dios
que han creído llamado *Estado* y que es
como dice un escritor la ridícula pagoda
á que se dirijen los racionalistas conser-
vadores y los racionalistas revoluciona-
rios con el fin de obtener, aquellos la con-
servacion de lo que existe, y una refun-
dicion social los últimos.

Si, esa divinidad llamada *Estado*, es,
para esos racionalistas, la Religion, el
Dios, el todo, y delirando siempre,
han escrito sistemas los mas absur-
dos, llevando hasta la supersticion
el respeto y la esclavitud que le con-
sagran; de suerte que, huyendo de las
que ellos llaman supersticiones han cai-
do en otras que no son ni las menos
perigosas, y que por el contrario es de-
temerse lleguen á trastornar la paz de
las naciones, y á destruir las columnas
del edificio social levantadas por el
cristianismo.

Preciso es convenir en que bajo este

punto de vista el Siglo XIX está en
competencia con los que le han prece-
dido, en que no estamos menos afano-
sos de milagros y altos misterios de lo
que no estaban nuestros antepasados,
y que entiviar ó hacernos perder del to-
da la fé que tenemos á los misterios y
á los milagros que nos revela la Iglesia
católica, es ponernos á merced de vi-
sionarios ridículos, de filósofos sin mor-
tal, y de incrédulos en política y es-
religion que pretenden dirijir á las so-
ciedades por el camino en que ellos
puedan engrandecer y medrar.

Si existiera en esos racionalistas si-
quiera un ápice de lo que se llama ra-
zon, razon tranquila, filosófica, reflexi-
va y profundamente caracterizada del
verdadero filosofismo, esto es, del cono-
cimiento exacto de la verdad, llegarían
á conocer que nuestra inclinacion á los
misterios, no es mas que una necesidad
de la naturaleza, una órden imperiosa
un impulso sobrenatural que eleva
nuestro ser á las regiones de lo incom-
prendible, de lo salvador, de lo grande,
de lo eterno: comprenderían que esa in-
clinacion á los misterios y á los mila-
gros era innata en la criatura; el princi-
pio de nuestra grandeza; la señal carac-
terística que nos distingue de los irra-
cionales y que contraria esa tendencia
tan natural y tan imperiosa, en vez de
dirijirla, es violentar nuestra existencia,
amargarla, contrariar nuestra constitu-
cion moral, y empeñarse en labrar el
envilecimiento y la degradacion de la
especie humana.

Los actuales educadores de la socie-
dad; los que se mofan de toda verda-
presentándola como falsa; y predicar
el engaño y la mentira como princi-
pios infalibles y salvadores, no han he-
cho, como dice un autor frances, mas
que revolver los baratillos de Rousseau
y de los racionalistas de todas las épo-
cas, cuando os han dicho de mil modos
diversos: la filosofia es la luz de las lu-
ces la autoridad de las autoridades, la
autoridad única... La razon, ahí te-
neis lo que constituye el necesario media-
dor entre Dios y el hombre... he ahí el
único mediador el revelador verdadero.
El hombre no debe considerar como cier-